

Entrevista a Ebel Barat

UN ESCRITOR DEL TIEMPO Y EL MOVIMIENTO

Recorre brevemente su historia, desnudando las coordenadas que lo acercaron desde muy pequeño a la literatura; pasión que desde entonces lo acompaña, firmemente sedimentada por continuos viajes que nutren su obra. El tiempo y el movimiento son puntos de fuga desde donde se entretejen las dos novelas de las que hoy nos habla este autor rosarino: 'La bruma y los pasos' y 'El retrato de Vermeer'.

La literatura siempre presente

Mi madre era licenciada en letras y yo accedí a libros de poesía siendo muy niño. Me enamoré de la música de la poesía. De la posibilidad de decir las cosas con metáforas. Escribí toda mi vida, primero para mí y después de un modo algo más profesional.

El período en el que más alejado estuve de la escritura fue entre los 27 y los 35 años, en el que me dediqué a trabajar como agrónomo y a dar clases de taekwon-do. Actualmente también ejerzo como presidente de una de las federaciones argentinas de este arte marcial. Luego, volví a estudiar para hacer el trabajo de escritor, que demanda una gran disciplina -no en un sentido metálico o rígido, sino como esa decisión de encarar el trabajo dulcemente. La creación tiene de bueno la libertad, pero el pivote sos vos mismo. Sin la disposición al trabajo no funciona.

En la literatura me gusta mucho el rasgo estético. Soy naturalista y siempre escribo con un alto componente de filosofía -sin entenderla como algo cargado

de pomposidad, sino como una narrativa que interpela o genera preguntas en el otro. He hecho guiones pero no me siento dramaturgo. He hecho ensayos pero no me considero ensayista. Soy poeta y narrador. Así me defino.

El escritor errante

También soy muy viajero. Me apasiona la geografía. Cada mar, cada desierto y cada montaña para mí tiene un nombre y apellido. Me parece muy rica la naturaleza y los registros del arte y la cultura: las iglesias, las sinfonías, las danzas. Todos esos espacios en donde se manifiesta tanto de la gente, de los lugares y del modo en que la tierra interactúa con la voluntad del hombre. Me encanta, me parece muy revelador. Viajé por tierra de occidente a oriente haciendo 'La ruta de la seda' y fui viendo cómo las caras y las costumbres iban mutando. El libro que lleva ese nombre es mi primera aproximación a algo que instalé como discurso para la crónica de viaje.

Pero hay otra cosa más y es que los viajes te ponen en una

disposición distinta. El estado de percepción, de silencio espiritual y receptividad que tenés cuando estás viajando realmente es muy predisponente para la creación artística y literaria. Ahí pasan las historias y las estás observando. A lo mejor acá, en el tubo de la ciudad en el que te repetís continuamente, no es tan fácil verlo. El retiro en la literatura yo lo considero muy importante.

La bruma y los pasos

Este libro está muy relacionado con experiencias de viaje. La bruma y los pasos es la historia de un hombre de 40 años que va caminando en un día brumoso en Viena; y desde ese ombligo, desde una suerte de conciencia e iluminación, ve cómo los hitos de su pasado convergen en el momento presente y también, de alguna manera, prevé cómo van a ser las cosas en el futuro. Hay algo de fatalismo, de destino muy potente en este hombre, que es un agente de una organización que opera en las lindes de la ley. Él está muy contrariado por esto que le está

sucediendo; y en esa caminata brumosa, solitaria y circular, conoce a una mujer joven, muy particular, y se produce una historia inesperada y potente entre ambos, con muchísima carga dramática. Hay bastante suspenso y corren paralelas estas dos historias: la de la organización cuasi-delictiva y la historia de amor. Una particularidad de la novela es que nadie tiene nombre, son 'el hombre', 'la muchacha' o 'el director', que pretenden representar un poco arquetipos de la vida. ¶

Entrevista y Foto: Joselina Berraz



El retrato de Vermeer

Es una novela que habla del pintor Johannes Vermeer y de una restauradora de nuestro tiempo a quien le toca trabajar sobre uno de sus cuadros emblemáticos: "La niña de la perla". Se establece una suerte de diálogo entre la restauradora y el pintor del siglo XVII. Está la idea de que si hubiera una capacidad de decodificar totalmente la obra de alguien podríamos reconstruir a ese alguien. Uno se manifiesta completamente en su ámbito, cualquiera sea, hasta el más nimio. No hay otro que lo pueda hacer de la misma forma. De modo que en una obra está contenida

toda el alma de esa persona. Y un restaurador bucea y excava en el alma del creador, del artista y ve cosas que el observador normal, que sólo admira una pintura, no puede. Sabe más. En la novela se plantea justamente esto: ¿Hasta cuánto más puede saber? ¿Hasta dónde puede el restaurador interactuar, sorteando el tiempo, con aquel presente infinito del pintor al momento del trazo? ¿Cuál puede ser el nivel de conexión de estos dos seres humanos: el que se expresa a través de su obra y el que la recibe, la escucha y la reconstruye? ¶



Con este número de Ciudad Gótica podés tener esta excelente novela. 256 páginas-